

Hecatombe

Josué Santiago Berríos

El sol despertó, más brillante que nunca. Tal era su luz que los caminantes veían espejismos. Desde el valle, rodeado por radiantes colinas, no se veía ninguna nube.

—Tendremos un día claro, demasiado claro —le comentó Ferdinand a Raúl —mientras se dirigían al laboreo temprano en la mañana.

—Parece más un día de verano que un 15 de febrero —expresó preocupado Raúl y añadió —¿no se supone que el sol se encuentre al sur?

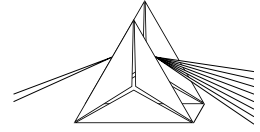
Hubo silencio. Aquel segundo, minuto, quién sabe, se convirtió en una eternidad. Se agolparon los pensamientos de los agricultores; eran vivencias de tiempos pasados y recuerdos memorables que arrancaban de más allá de su niñez. Y así, el tiempo llegaba escindido en dos estadios cronológicos no siempre bien compactados. No había seguridad de cuando comenzaba ni finalizaba el primero. El recuerdo se perdía en el pretérito perfecto del tiempo. Aunque no lo precisaran, llegaba hasta más allá de la revelación de Borikén, el encuentro con los primeros pobladores.

Tampoco podían precisar la guardarraya que le daba inicio al segundo y dejaba perdido en la sombra del pasado al primero. Aunque, para efectos del hoy, su presente, no era necesario precisarlo; el gran reto consistía en vivirlo y vivirlo intensamente sin el salvoconducto natural que le dio vida al primero. Al fin y a la postre, el resultado era el mismo. Se hacía bien difícil, aunque no imposible, cambiar el derrotero que a pasos agigantados se avecinaba.

Uno de ellos, el más joven, reflexionaba en lo que el Poeta había dicho: *Habría que tapar con buena voluntad y con premura el infame boquete en la conciencia de los decididotes. Así sea.*

Pero el tiempo en su marcha impecable se había instalado con su cara bonita, regalando sus bondades, sus ventajas; por lo tanto, a desmontar el terreno con la pala mecánica y a herirlo con el arado y a utilizar los compuestos químicos que con una simetría casi perfecta abonan al progreso y al desarrollo acelerado de todo lo que cobija su sombra.

Las semillas corrían la misma suerte. En los laboratorios de gente importante, influyente estaban creando una revolución de proporciones gigantescas, una revolución inimaginable en el primer estadio, pero sí



incalculable al final del segundo.

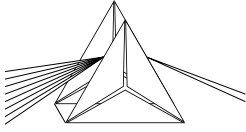
El reloj marcaba las 11:00 de la mañana; pero el sol continuaba en el mismo lugar. Sin proponérselo, pero como si fueran gemelos de la actuación, miraron simultáneamente hacia el cielo. Allí estaba el astro mayor, imponente, regio, pero estático. Sus miradas se cruzaron, pero no así las palabras. No sabían qué decir. Continuaron, en un silencio pesado, la tarea que estaban realizando.

Cuando había transcurrido aproximadamente una hora, en el punto de mayor intensidad del día, en el preciso momento en que el astro mayor irradiaba con toda la fuerza de la que está provisto, sin saber cómo ni por qué el sol se apagó. Las nubes, que habían brillado por su ausencia, entraron en escena con gran potencia, si fueran humanas, diría que con coraje. Se abrieron de par en par, como se abre una ventana y literalmente los cielos se vinieron a tierra. La lluvia era torrencial. En el recuerdo de Ferdinand y Raúl no se presentaba una imagen paralela que les sirviese de amparo. La unicidad del evento los tenía perplejos. Pasaban los días y la lluvia persistía. ¿El diluvio de Noé? Pero esta vez no había habido profecía. ¿Isabel viendo llover sobre Macondo? ¿Quién sabe? Sólo la lluvia pertinaz, incesante, implacable que arrojaba todo. Los cauces de los ríos, riachuelos y quebraditas no podían contener todo el afluyente que les llegaba. Pero lo más increíble era el sol: sin luz, estático, como si no tuviera vida.

Un buen día, no se sabe cómo ni por qué, eso sí, todavía había un poco de comida, la lluvia pertinaz se transformó en un recio y copioso aguacero. El nivel del agua subió a niveles insospechados. Todos, incluidos Ferdinand y Raúl, se arremolinaron cerca del río para ver aquel espectáculo de la naturaleza. Los perros se lanzaban a buscar objetos y se perdían río abajo porque el torrente era tan fuerte que se les hacía casi imposible nadar.

De pronto, se escuchó un ruido ensordecedor de un trueno, un solo y único trueno. La lluvia no cesaba y el río, obedeciendo una voz ancestral, misteriosa, se compartió en dos pedazos porque la tierra se abría para recibirlo en su ser. Ambos pedazos se perdían en las entrañas de la tierra porque el que se suponía que tomara su rumbo natural hacia la costa buscando el mar para confundirse con él cambió su rumbo y le servía de guía al mar que también comenzó a subir hacia la loma, hacia tierra adentro cargando todo lo que había recibido de otros ríos, riachuelos y quebradas.

Raúl y Ferdinand se asustaron muchísimo porque no comprendían



la magnitud del evento. De lejos continuaban observando aquel espectáculo asombroso de la naturaleza. De pronto comenzaron a ver objetos con grandes letreros arrastrados por la corriente. Venían de ambas direcciones. Y aunque no se podían leer muy bien intentaron hacer acopio de los mismos: Banco Santander, Bilbao Vizcaya, Citibank, Cooperativas y aquel que anunciaba: “Se lo pueden arreglar en el Banco Popular”. Ya no lo podrían arreglar. Le seguían automóviles. El Mercedes ya no venía, sino que iba derecho para el hueco y el Jaguar se convirtió en gatito cuando las entrañas de la tierra se lo tragaron. Apareció una máquina gigante que trataba de evitar lo inevitable. Al fin se perdió en aquel hueco flexible, pero intransigente.

Un ruido violento los sacó de concentración. Llegaba para perderse en las entrañas un edificio de tamaño monumental, decía algo así como Plaza, pero ¿cuál? A éste le seguían muchos edificios de diversos tamaños. Muchos de ellos decían Shell, Esso, Texaco y otros sin nombre. De pronto vieron uno que decía Centro. Y Raúl le preguntó a Ferdinand, ¿cuál centro? El silencio fue su respuesta; aunque por su mente desfilaron muchos, demasiados. Una cosa era segura: todo lo que no era propio de la naturaleza se perdía en aquel inmenso hueco sin posibilidades de redención.

Cesó todo, ya no llovía. Eso sí, todo lo material y lo artificial había sucumbido. En el cielo continuaba el sol estático, sin vida. De pronto una luz maravillosa comenzó a brillar. Pero poseía unas características distintas a las del sol. Era bien brillante, pero no quemaba; bien luminosa, pero no cegaba...